

**Euskadi:
1939-1979**

Bajo el signo de la represión

Juan Aranzadi



«Ejercía diversas soberbias: la de ser oriental, la de ser criollo, la de atraer a todas las mujeres, la de haber elegido un sastrero costoso y, nunca sabré por qué, la de su "estirpe vasca", gente que al margen de la historia no ha hecho otra cosa que ordeñar vacas» (Borges, «El libro de arena»).

LO que algunos vascos considerarán un insulto de Borges cuando en realidad es un piropo (los pueblos sin historia son pueblos felices) resulta desgraciadamente falso. Especialmente si se aplica a los últimos cuarenta años. La Historia, esa «sucesión de barbarie y estupidez», que decía Cioran, ha cabalgado con inusitada saña y rapidez sobre la Euskadi de Posguerra. Los vascos de las últimas generaciones hemos asistido a más acontecimientos notables y transformaciones socio-culturales que todos nuestros antepasados juntos: la cristianización, las luchas de bandos, las guerras carlistas, la abolición de los fueros, el desarrollo capitalista, la inmigración, el surgimiento del nacionalismo, el Estatuto del 36, la guerra civil, son en el fondo poca cosa frente a los muchos y muy radicales cambios que la vida y el «alma» vasca han experimentado bajo Franco y la «democracia» que él dejó «atada y bien atada» por militar sogá.

En el limitado espacio de este artículo sería imposible ni tan siquiera reseñar los hechos más notorios producidos en los diversos planos de la sociedad vasca. Por ello, frente a la frialdad de una apretada sucesión de hechos de significación diversa, y afrontando el riesgo de inevitable subjetivismo y arbitrariedad que tal elección conlleva, nos ha parecido más interesante seleccionar los procesos más característicos y trascendentales e intentar desentrañar su sentido.

PARA empezar tan sólo a vislumbrar superficialmente el laberinto vasco labrado en la posguerra es imprescindible no perder de vista los siguientes aspectos: las transformaciones económicas y ecológicas, la intensificación de la emigración, la significación socio-cultural de ETA y el ambiente etarra, la evolución del clero y la religiosidad vasca tras el Vaticano II, el renacimiento del euskera y la cultura vasca, y fi-

nalmente el sinuoso y complicado proceso político que va desde la muerte de Franco a la aprobación del Estatuto, cuyo futuro constituye la gran incógnita del presente.

La trágica constante que preside todo ello es la **REPRESION**. Nunca se repetirá lo bastante que ningún estudio sociológico, ningún análisis político o histórico de la realidad vasca tiene la más mínima validez si olvida o minimiza que es rara la familia

vasca que no cuenta con uno o más miembros detenido, encarcelado, torturado o muerto durante las últimas décadas. La intensidad del subyacente rechazo a las instituciones y organismos responsables y agentes de esa represión ha arraigado en el inconsciente, en la biología de la mayoría de los vascos, forma parte de sus reflejos condicionados. Toda política que no tenga esto en cuenta está fatalmente destinada al fracaso.



La trágica constante que preside la cuestión vasca es la REPRESION. Nunca se repetirá lo bastante que ningún estudio sociológico, ningún análisis político o histórico de la realidad vasca tiene la más mínima validez si olvida o minimiza que es rara la familia vasca que no cuenta con uno o más miembros detenido, encarcelado, torturado o muerto durante las últimas décadas. (Cadáveres de presuntos etarras, en Mondragón, el 15 de noviembre de 1978).

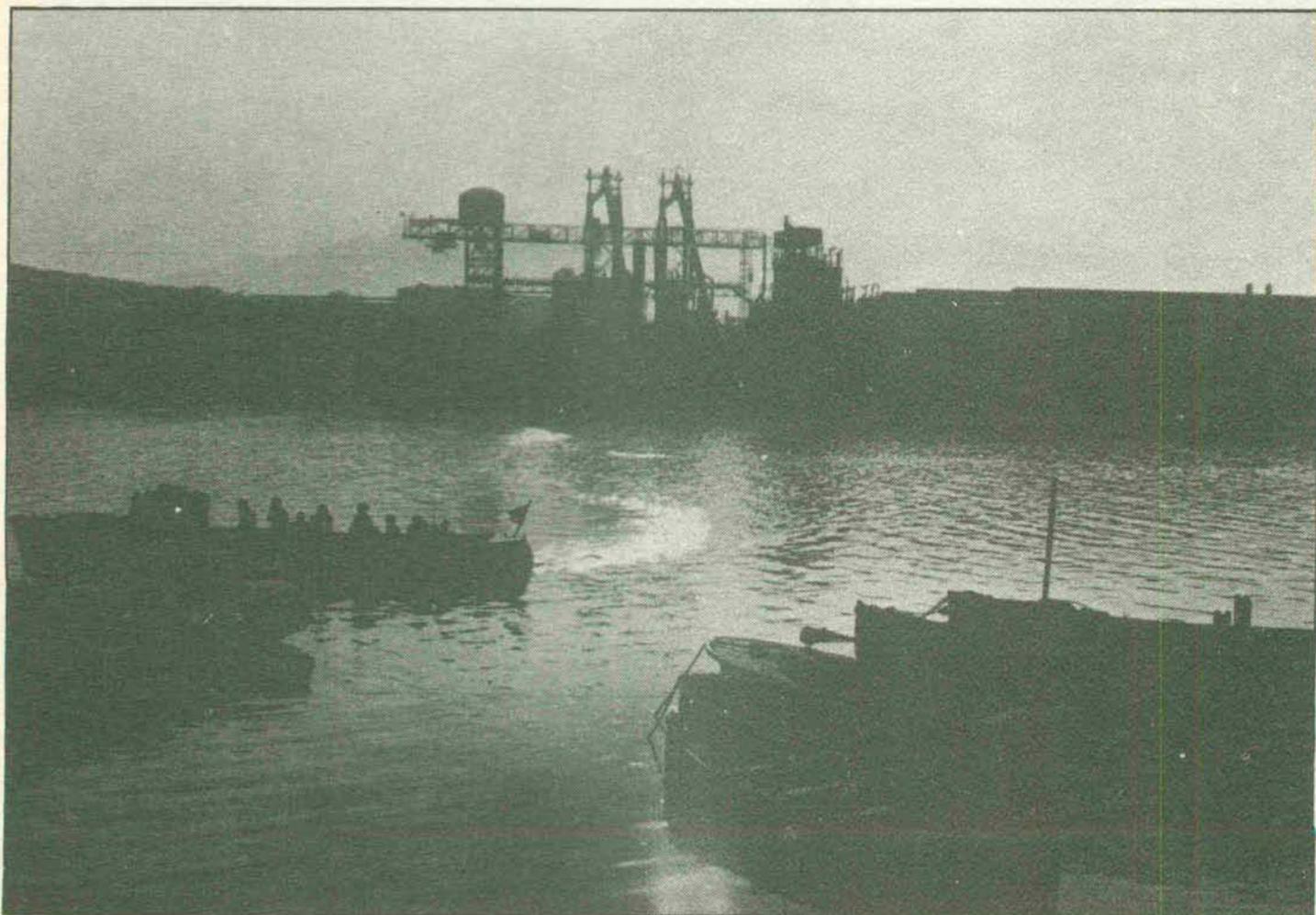
CRISIS ECONOMICA, CATASTROFE ECOLOGICA

En la evolución de la economía vasca (como en la evolución de la economía española, de la cual supone un pilar fundamental) podemos distinguir tres grandes períodos: la fase de autarquía que termina en 1959 con la entrada de España en la OECE y la adopción del Plan de Estabilización, la fase de expansión y desarrollo de la década de los sesenta y comienzos de los setenta y la crisis económica que se inicia en 1974-75.

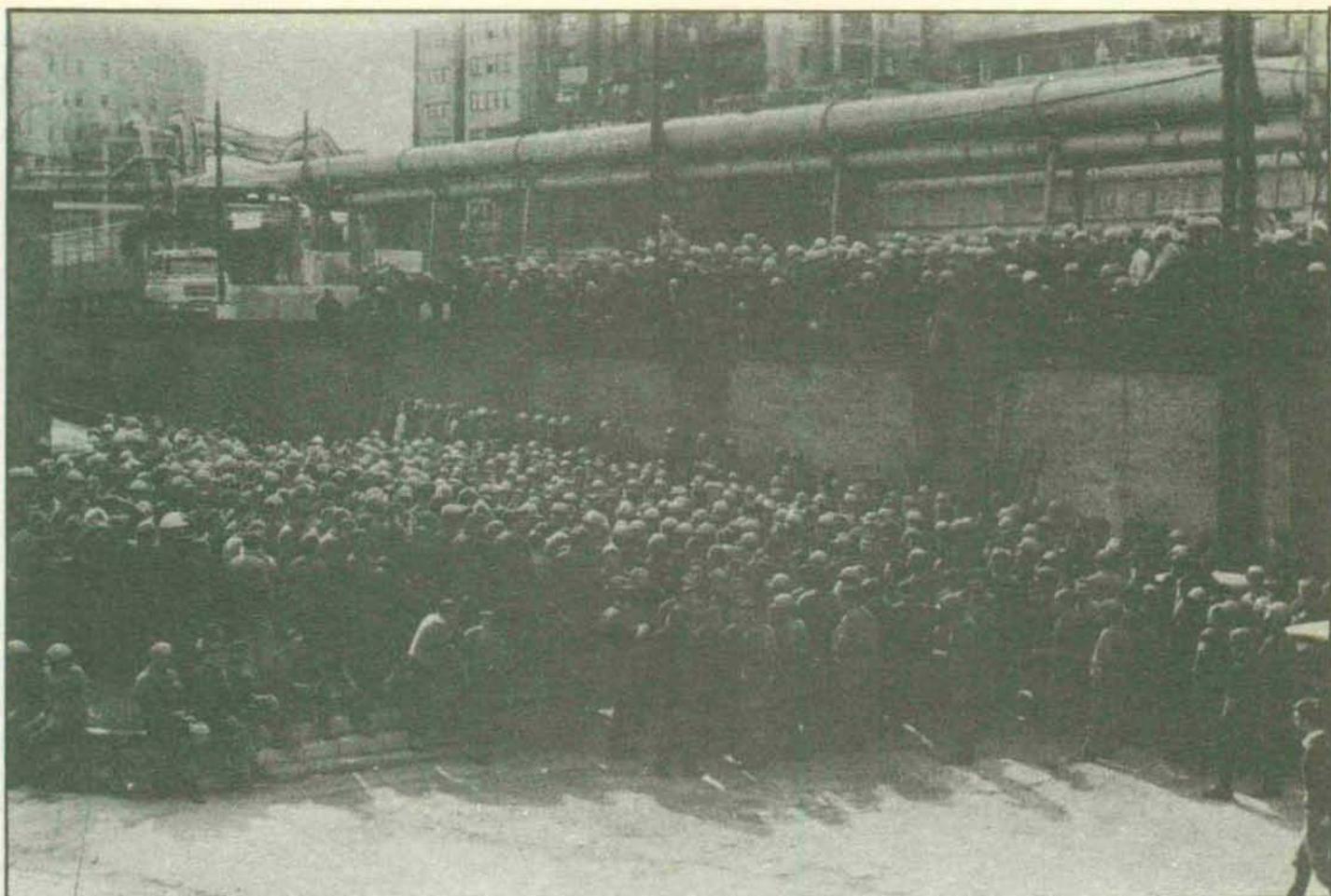
La profunda irracionalidad económica de la primera etapa, durante la cual se desarrollaron bajo la cobertura del proteccionismo una serie de actividades y empresas de es-

casa consistencia, tapaderas muchas de ellas del estraperlo siderometalúrgico, sería parcialmente corregida en años posteriores para revelarse como un pesado lastre en el momento de la crisis. Son los años 60, sobre todo, los que asisten a un importante relanzamiento de la economía vasca: las transformaciones demográficas, ecológicas, sociales y políticas que acompañan ese desarrollo son las que configuran el actual País Vasco. Entre 1955 y 1975 la población de Euskadi creció en un 59,95 por 100 (frente a un crecimiento medio de la población española del orden del 22,91 por 100), siendo la estructura de la población activa la propia de los países que han conocido un marcado proceso de desarrollo, con un

descenso importante de la misma en el sector agrario y pesquero en beneficio de los sectores Industria, Construcción y Servicios: la Agricultura y Pesca pasan de participar en un 24,49 por 100 a hacerlo en un 10,76 por 100, la Industria de un 36,66 por 100 a un 43,70 por 100, la Construcción de un 7,83 por 100 a un 9,02 por 100 y los Servicios de un 31,02 por 100 a un 36,52 por 100. Dentro de esta población se ha registrado una progresiva asalarización que de representar un 61,7 por 100 ha pasado a un 79,7 por 100. El crecimiento real del producto interior bruto ha sido del orden del 210,1 por 100, destacando el incremento del sector industrial en un 308,4 por 100; el predominio de este sector se aprecia igualmente por el he-



También es Vizcaya la provincia más afectada por otra consecuencia del acelerón económico de estos años: la «debaque ecológica», de la cual la central nuclear de Lemóniz no es sino la guinda del pastel, símbolo que no debe hacer olvidar una degradación general del ambiente no por cotidiano y asumido menos peligroso y rechazable.



Importancia fundamental desempeña el «crecimiento de la inmigración», que alcanza proporciones desmesuradas en Guipúzcoa y Vizcaya.

cho de representar un 47,86 por 100 del PIB total. Aunque la renta regional de Euskadi experimentó durante estos años un incremento del 189,4 por 100, inferior en un 2 por 100 al crecimiento medio observado para el conjunto español, en 1975 aún seguían las provincias vascas ocupando los primeros lugares del «ranking» en la renta «per capita»: Vizcaya (1.º), Guipúzcoa (3.º), Alava (4.º) y Navarra (8.º).

Estas cifras dan una idea aproximada de la intensidad e importancia del desarrollo económico vasco durante esta época, del cual debemos resaltar por su trascendencia una serie de rasgos cualitativos. Los años sesenta asisten al comienzo del **desarrollo industrial** de Alava y Navarra, lo cual tiene importantes consecuencias sociales y políticas que obran en el sentido de la

progresiva homogeneización de Euskadi: en estas dos provincias tradicionalmente rurales y carlistas surge un combativo movimiento obrero de originales características y aumenta la importancia de las corrientes nacionalistas. Este último hecho, unido al renacimiento y radicalización del nacionalismo en las Vizcaya y Guipúzcoa re-industrializadas obliga a establecer una clara correlación entre el surgimiento y revitalización del nacionalismo vasco y los efectos de la industrialización sobre la sociedad vasca tradicional y sus residuos, correlación que no hace sino repetir lo ya ocurrido con la emergencia del nacionalismo sabiniano. Importancia fundamental en todo ello desempeña el **crecimiento de la inmigración**, que alcanza proporciones desmesuradas

en Guipúzcoa y Vizcaya: esta última, la más afectada por el fenómeno, vio incrementada su población en 96.399 inmigrantes entre 1951 y 1960, y en 148.804 entre 1961 y 1970, iniciándose desde entonces un cierto descenso (34.456 entre 1971 y 1976) e invirtiéndose la corriente migratoria a partir de esta fecha. Este flujo de población es de tal magnitud que hoy en día puede decirse que **uno de cada cuatro habitantes** del País Vasco llegó a él procedente de otras provincias españolas durante la época mencionada o es hijo de estos inmigrantes; es importante a este respecto señalar que, sorprendentemente, en zonas obreras de fuerte concentración inmigrante, en las que su proporción es notablemente mayoritaria, como la margen izquierda del Nervión, ha vencido en las últimas elec-



Para quien conociera Euskadi hace sólo veinte años resulta una terrorífica experiencia recorrer, por ejemplo, la costa vizcaína desde Somorrostro hasta la ría de Guernica: no cabe mejor record en la transformación en poco tiempo de un paisaje idílico en escenario apocalíptico.

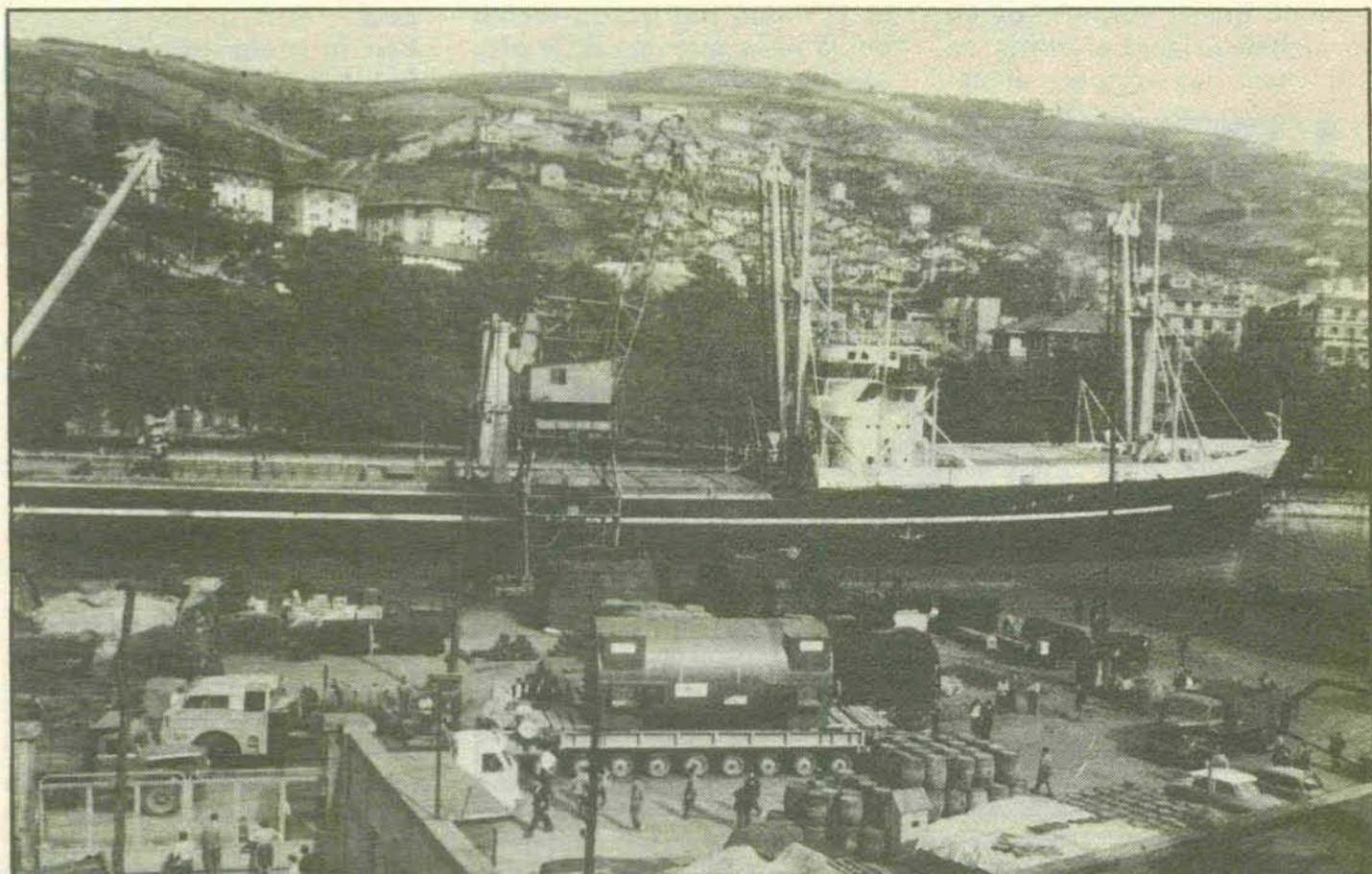
ciones el PNV y obtenido importantes porcentajes Herri Batasuna, lo cual parece apuntar en el sentido de una voluntad de superar el desarraigo provocado por la emigración por la vía de integrarse en la comunidad nacionalista compartiendo sus símbolos y valores.

También es Vizcaya la provincia más afectada por otra consecuencia del acelerón económico de estos años: la **debacle ecológica**, de la cual la central nuclear de Lemóniz no es sino la guinda del pastel, símbolo que no debe hacer olvidar una degradación general del ambiente no por cotidiano y asumido menos peligroso y rechazable; un grado de contaminación atmosférica que hace el aire literalmente irrespirable y está provocando una auténtica epidemia de enfermedades respiratorias y circulatorias, una

densidad de población y un grado de concentración urbana, agravados además por un auténtico caos e insuficiencia de transportes, que llega a extremos de saturación, todo ello en un territorio reducido, hace invivible la existencia cotidiana de la gran mayoría de los vascos y tiene una indudable importancia en la génesis de un clima de crispación y de violencia. Para quien conociera Euskadi hace sólo veinte años resulta una terrorífica experiencia recorrer, por ejemplo, la costa vizcaína desde Somorrostro hasta la ría de Guernica: no cabe mejor record en la transformación en poco tiempo de un paisaje idílico en escenario apocalíptico.

Duro ha sido en hombres y tierras el precio del «progreso» vasco, de un progreso además que en los últimos años está pasando otra factura: la **crisis**

económica. Provocada a nivel mundial a partir de 1974 por la cuadruplicación de los precios del petróleo, con sus secuelas de inflación, recesión y paro, ha tardado un poco más en alcanzar a Euskadi que al resto del Estado español debido a dos fenómenos diferenciales de la economía vasca: la importante concentración de su industria en unos pocos sectores relacionados directa o indirectamente con el proceso de inversión o acumulación de capital y el efecto de colchón que juega la mano de obra inmigrada (la reducción de la inmigración esconde la crisis de empleo y mitiga el paro). Pero lo que fueron frenos se han convertido en aceleradores y la crisis sacude en los últimos años a la economía vasca con particular intensidad. Los 24.600 parados de 1976 se convirtieron en 1977 en 50.400 y en 84.800 en 1978,



Hay que tener en cuenta que la crisis económica no ya española sino mundial incide con especial gravedad sobre los sectores que constituyen la base de la economía vasca: siderurgia, construcción naval y algunos subsectores de la fabricación de bienes de equipo, viéndose además afectados el primero y el tercero de modo particularmente grave por la crisis mundial de la inversión.

superando la tasa de desempleo en estos dos últimos años la media estatal. Significativo índice de la crisis es la **inversión de la corriente migratoria**, iniciada en Guipúzcoa en 1976 (desde entonces han emigrado 5.634 guipuzcoanos, sin contar 1979) y en Vizcaya al año siguiente (2.422 emigrantes entre 1977 y 1978). Lo cual no tiene nada de extraño si se tiene en cuenta que la crisis económica no ya española sino mundial incide con especial gravedad sobre los sectores que constituyen la base de la economía vasca: siderurgia, construcción naval y algunos subsectores de la fabricación de bienes de equipo, viéndose además afectados el primero y el tercero de modo particularmente grave por la crisis mundial de la inversión. Si a todo ello se le añade el abandonismo empresarial y el retraimiento inversionista que contribuye a crear (aunque no quepa culparle de su principal origen) el clima de violencia, las acciones arma-

das, los impuestos revolucionarios y la incertidumbre política sobre el futuro vasco, el cuadro resultante no resulta nada halagüeño. Especialmente si se tiene en cuenta que el crecimiento del paro, especialmente del paro juvenil, juega a favor del incremento del terrorismo y que la situación económica no permite milagros por más fe que se deposite en la varita mágica del Estatuto.

LA IMPORTANCIA DE ETA

Más allá de la simpatía o antipatía, de la aceptación o el rechazo que merezcan sus acciones antes y después de la muerte de Franco, no cabe la menor duda de que el fenómeno histórico más importante de la posguerra vasca es el surgimiento y arraigo de ETA. Y esto no sólo en el plano político, sino también en el plano social y cultural. Raro es el vasco politizado menor de 35 años que en uno u otro momento de su vida no ha co-

laborado o tenido contactos con ETA, aunque posteriormente se haya distanciado de ella e incluso la condene. Un gran porcentaje de los líderes y cuadros políticos de los partidos vascos de izquierda, desde el Partido Comunista a HASI, pasando por EMK, LKI y EIA, han militado en una u otra de las diferentes ETAs sembradas por un crónico proceso de escisión, crisis y reconstrucción. ETA ha sido siempre y sigue siendo hoy el principal problema ante el que tienen que definirse y adoptar postura los políticos vascos. Las acciones de ETA no sólo tuvieron una importancia decisiva en la agudización de la crisis política que precipitó el final del franquismo, sino que también han sido punto de referencia obligado de toda estrategia política durante el inacabable proceso de transición a la democracia y consolidación de ésta.

Pero no es algo tan obvio como la importancia **política** de ETA en Euskadi (y de rebote en España) lo que quiero resaltar aquí, sino otra cosa que con frecuencia se tiende interesadamente a olvidar, preterir o minimizar: su importancia social y cultural, la poderosa huella dejada en la vida cotidiana de las generaciones vascas más jóvenes.

La historia de la **organización ETA** desde su nacimiento hasta su situación actual, la historia de sus distintas Asambleas y escisiones (ETA-berri, ETA-VI, ETA-m y ETA p-m) ha sido suficientemente aireada por la prensa, si bien no siempre con conocimiento de causa. En cualquier caso ello nos exime de repetir una historia conocida a grandes rasgos y nos impulsa a penetrar su sentido: desde su surgimiento en 1959 como organización nacionalista radical que prolongaba la



Más allá de la simpatía o antipatía, de la aceptación o el rechazo que merezcan sus acciones antes y después de la muerte de Franco, no cabe la menor duda de que el fenómeno histórico más importante de la posguerra vasca es el surgimiento y arraigo de ETA. Y esto no sólo en el plano político, sino también en el plano social y cultural. Raro es el vasco politizado menor de 35 años que en uno u otro momento de su vida no ha colaborado o tenido contactos con ETA, aunque posteriormente se haya distanciado de ella e incluso la condene.

línea intransigente «yagi-yagista» y «aberrriana» de pre-guerra, hasta sus últimos conflictos, polémicas y escisiones, ETA ha sufrido una evolución en la que cabe señalar como una constante definitoria y diferenciadora la **defensa de la lucha armada** y en la que cabe distinguir como el aspecto ideológico de mayor importancia la **adopción de posturas socialistas**, inicialmente ambiguas y decididamente marxistas más tarde. A sus propios ojos, la principal conquista y aportación de ETA ha sido la identificación de la liberación nacional y la liberación social, la fusión de nacionalismo y socialismo, la configuración de una **izquierda abertzale**. Ha sido la diversa interpretación de esta empresa, las dificultades de esta fusión, lo que desde la V Asamblea ha estado en la base de todas las crisis y escisiones de ETA. Pero bajo polémicas ideológicas a veces muy complejas, las divergencias cruciales han girado siempre en torno a los siguientes cinco puntos fundamentales:

1. Lucha por la **independencia de Euskadi** como objetivo explícito, frente a reconocimiento del derecho a la **autonomía** o a la **autodeterminación**, pero sin decidirse desde ya por la independencia.
2. Inclusión u olvido de Euskadi-Norte (País «vasco-francés») en las reivindicaciones y estrategia políticas.
3. Preferencia por un Frente Abertzale o por un Frente de Izquierdas. Aunque caben diversas combinaciones, el criterio fundamental a la hora de las alianzas ha oscilado siempre entre la evolución de los partidos «españoles» y «sucursalistas» o la exclusión de partidos burgueses aunque vascos.
4. Monolingüismo euskérico o Bilingüismo como objetivo



ETA ha sufrido una evolución en la que cabe señalar como una constante definitoria y diferenciadora la «defensa de la lucha armada» y en la que cabe distinguir como el aspecto ideológico de mayor importancia la «adopción de posturas socialistas», inicialmente ambiguas y decididamente marxistas más tarde.

final, con lo que ello implica en cuanto a considerar o no cultura vasca a la realizada por vascos en lengua castellana o francesa.

5. Predominio de la Lucha Armada o de la Lucha Política y «de masas». Las diversas tentativas de conciliación se han distinguido finalmente por una frontera: el abandono o no de la lucha armada, de las acciones militares.

De estos cinco puntos, el segundo suele quedar reducido a mera proclamación retórica con más valor simbólico que real, el tercero y cuarto admiten ciertas concesiones, ambigüedades y equilibrios, pero han sido siempre determinantes el primero y el quinto: la independencia como objetivo

y el mantenimiento de la lucha armada han sido desde sus orígenes hasta hoy los rasgos definitorios de ETA; todas las escisiones que han revisado o criticado uno u otro han dejado de ser reconocidas como ETA y han terminado por renunciar a esas siglas: así ETA-berri, pronto convertida en Movimiento Comunista; ETA-VI, transformada en LKI; el Frente Obrero, origen de LAB y LAIA. Menos netas son las diferencias de fondo entre ETA(m) y ETA(p-m) (extensibles en cierto modo a las existentes entre HASI y LAIA por una parte y EIA, por otra, entre Herri Batasuna y Euskadiko Eskerra); tanto unos como otros defienden la independencia y la lucha armada,



Herri Batasuna y Euskadiko Eskerra se reparten hoy la influencia sobre lo que ha dado en llamarse Izquierda Abertzale, espacio político abierto por la acción de ETA y que tiene en una u otra rama de ETA su punto de referencia y su apoyo armado.

diferiendo en el modo de entender ésta y en la estrategia para conseguir aquélla. Herri Batasuna y Euskadiko Eskerra se reparten hoy la influencia sobre lo que ha dado en llamarse Izquierda Abertzale, espacio político abierto por la acción de ETA y que tiene en una u otra rama de ETA su punto de referencia y su apoyo armado.

En cualquier caso, lo que aquí nos interesa resaltar es que ante los ojos del pueblo vasco y a lo largo de toda su historia, lo definitorio de ETA, por encima de sus vicisitudes ideológicas y de otros aspectos estratégicos de su acción, ha sido y es la **lucha armada por la independencia de Euskadi**. Ese es el hilo fundamental que une la ETA de 1959 a la ETA actual, ese es el rasgo perdurable que permite hablar de una **continuidad de ETA como organización**; toda su evolución ideológica, todas las disputas habidas en su seno sobre las más variadas cuestiones,

han configurado el mundo de la izquierda abertzale, han influido poderosamente en su exterior, pero no han conseguido alterar el núcleo, el esqueleto de su interior como organización: mientras haya jóvenes vascos dispuestos a luchar por la independencia de Euskadi con las armas en la mano, ETA seguirá existiendo sean cuales sean los otros componentes de su ideología (socialdemócrata, marxista-leninista, libertaria o parafascista) y el contexto político general; y será **la misma ETA de siempre** por más que renieguen de ella, la condenen y la consideren «desviada» o «traidora» quienes hacen una interpretación restrictiva de la misma que quisiera privilegiar y dar mayor importancia al componente marxista de su actual ideología.

Se dirá que aunque el contexto ideológico-político y su propia evolución no hayan cambiado sustancialmente a ETA, sí que ha variado y puede

cambiar más aún en función de todo ello su caldo de cultivo, su **apoyo popular**. Quienes así piensan y se muestran excesivamente «optimistas» acerca del descenso de popularidad de ETA tras la aprobación del Estatuto de Autonomía, debieran meditar sobre dos hechos que van a pesar fuertemente sobre la reacción ante el problemático futuro del Estatuto y consiguientemente ante ETA:

1. La ortodoxia del nacionalismo vasco es, desde los tiempos de Sabino y en el seno mismo del PNV, **independentista**. Para todo nacionalista vasco la autonomía es sólo un mal menor y un comienzo. El independentismo de fondo une al nacionalista más moderado con el etarra radical y le desarma ideológicamente frente a él al no poder oponerle un rechazo total, sino sólo pegadas estratégicas y consideraciones de oportunidad; ETA siempre podrá explotar una cierta «mala conciencia»

del nacionalismo «realista» y aprovechar las decepciones de un Estatuto cuyo éxito, ya dudoso de por sí, es considerado sólo como el comienzo de un camino. Ningún nacionalista vasco ha podido, puede ni podrá rechazar de plano los fines de ETA: la independencia de Euskadi.

2. La razón del apoyo popular a la lucha armada de ETA no ha sido nunca una aprobación de su estrategia, una solidaridad con su política, un apoyo claro y directo a sus acciones, sino la **comunidad de odio a lo que ha atacado y ataca**. Cuarenta años de intensa y brutal represión, la permanencia de la misma Policía y la pervivencia de los «métodos» del franquismo hacen que, a pesar de una clara condena política e incluso ética de la violencia etarra, un gran sector del pueblo vasco se encuentre incapaz de la más mínima **solidaridad afectiva** con sus víctimas. No se cambia en cuatro días toda una **dinámica emotiva** de adhesiones y rechazos asimilados a ciertos símbolos, sobre todo cuando a ese nivel no es mucho lo que ha variado: cada «Rentería», cada «error» de la Policía —errores frecuentemente mortales— es un balón de oxígeno para ETA. Cualquier observador sensato sabe que sin «Que se vayan» de Euskadi las Fuerzas de Orden Público será muy problemática la paz y muy probable el naufragio del Estatuto. Se quiera o no, se apruebe o se condene, este es un hecho indudable.

Si se quiere entender tanto el pasado de ETA como su presente y sus perspectivas futuras, debe resaltarse que **más que una organización, ETA ha sido y es un movimiento**, nucleado ciertamente en torno a la organización cuya evolución y «esencia» hemos caracterizado, pero cuyo influjo y límites rebasaban y rebasan

ampliamente la militancia directa y las relaciones orgánicas. Aunque la nueva situación política post-franquista ha permitido distinguir entre ETA como organización y los Partidos y movimientos políticos más o menos ligados a ella, desde un punto de vista sociológico las cosas siguen más o menos igual: tanto antes como después de Franco, puede hablarse de un **ambiente etarra** formado por una tupida red de relaciones sociales y políticas que abarcan desde la cuadrilla de txikiteo hasta la directa militancia y en el que difícilmente pueden establecerse los límites que separan al activista del simpatizante o el simple amante del euskera y la cultura vasca. Es esta relativa **disolución de ETA en la comunidad nacionalista** la que ha permitido su reconstrucción tras graves crisis orgánicas por golpes de la represión y la que le concede una significación socio-cultural que rebasa su importancia propiamente política. La «politización» de la población vasca alcanza cotas muy superiores a la española y se extiende a sectores sociales y de edad habitualmente ajenos a ella; pero es que además dicha «politización» supone la apertura a problemas ideológicos y culturales que para nada interesan a un militante de otros lugares: las polémicas y escisiones de ETA han provocado discusiones sobre la relación entre lenguaje y cultura, sobre las características definitorias de una etnia y su importancia social y política, sobre la historia de Euskadi y sus relaciones con la de España, etcétera, temas que han forzado a interesarse por la lingüística, la antropología, la historia y la sociología a más gente de la que normalmente se ocupa de esas disciplinas. Ciertamente con frecuencia sólo ha sido para ar-

gumentar «ad hoc» y que abundan los empachos de cultura mal digerida y pretenciosamente presentada, pero es indiscutible que los problemas suscitados por la evolución ideológica de ETA han sido el germen de un notable enriquecimiento de la perspectiva cultural de muchos vascos: abundan los libros, estudios y tesis doctorales publicados y en trance de publicación que tienen ahí su primera raíz. Por otra parte, ETA tuvo desde su origen un Frente Cultural y concedió gran importancia política al renacimiento de la cultura vasca; aunque éste deba considerarse más como algo paralelo que como efecto directo de la acción de ETA, no cabe minimizar la importancia que en su estímulo y fomento ha desempeñado la sacudida etarra, de la conciencia nacionalista, ni debe olvidarse el papel desempeñado en el impulso inicial o la renovación de la cultura euskérica por dos personas tan estrechamente vinculadas a la historia de ETA como Txillardegui y Federico Krutwig.

Igualmente importante resulta el papel del **movimiento ETA** en el cambio ideológico y de costumbres experimentado en los últimos años por las jóvenes generaciones vascas; cierto que tal fenómeno es universal, pero la particularidad del caso vasco radica en haberse realizado en una comunidad tan tradicional e inmovilista como la nacionalista y sin romper los viejos odres, antes bien cargándolos de nuevo contenido. ETA ha conseguido un milagro que hace veinte años parecía imposible: que se pueda ser absolutamente «moderno» y hasta vanguardista y «pasota» sin dejar por ello de ser abertzale. Un ejemplo significativo: el apoyo de EIA en su último Congreso al movimiento

vasco de homosexuales es una auténtica pica en Flandes en un país en que hasta las mujeres son machistas. ¡Si Sabino levantara la cabeza!

La militancia, la cárcel y el exilio han «abierto los ojos» a muchos jóvenes vascos que en pocos años han pasado de los Seminarios y las faldas de la amatu a la revolución sexual y el desmadre; ETA ha jugado un importante papel en ese proceso: sin referirse a ella se hace inexplicable la vida cotidiana de los vascos más jóvenes.

Es entre éstos, en las más recientes generaciones, entre los que se registra de modo más intenso, al decir de maestros y educadores, otro de los más notables efectos sociales de la acción de ETA: el desprestigio de la Ley y la Autoridad, el rechazo del Orden establecido en cualquiera de sus formas. El componente libertario de ETA, siempre actuante pero ideológicamente soterrado, ha salido en los últimos años a la luz con toda pujanza: el asambleísmo a ultranza, el espontaneísmo y anti-partidismo, los comandos autónomos armados, son algunas de las manifestaciones del estado de insurrección permanente en que vive un sector de la juventud vasca.

Más preocupante resulta otro rasgo frecuentemente adherido a éste, aunque en el fondo contradictorio con él: la **desvalorización de la vida humana** y el **fetichismo de la violencia**. No cabe duda de que también se le «debe» a ETA la trágica facilidad con que en Euskadi se excusa, justifica e incluso se desea la muerte de alguien; a ojos de más de un fanático basta un pequeño **desliz ideológico** o político para merecer el calificativo de traidor, resultar sospechoso de chivato y hacerse acreedor al máximo castigo. Paradójico

efecto del rechazo de la Ley y del Estado, pues nada menos libertario que un militar, nada más estatal que la administración de la muerte.

Pero no se trata aquí de pesar en una balanza los efectos positivos y negativos de la acción de ETA sobre el pueblo vasco atribuyéndose el imposible papel de juez, sino simplemente de constatar el gran peso e importancia no sólo política sino social y cultural, de ETA en la vida vasca de los últimos veinte años: el **movimiento etarra** es, sin ningún género de dudas, el fenómeno histórico más importante de la posguerra en Euskadi.

CLERO Y RELIGION

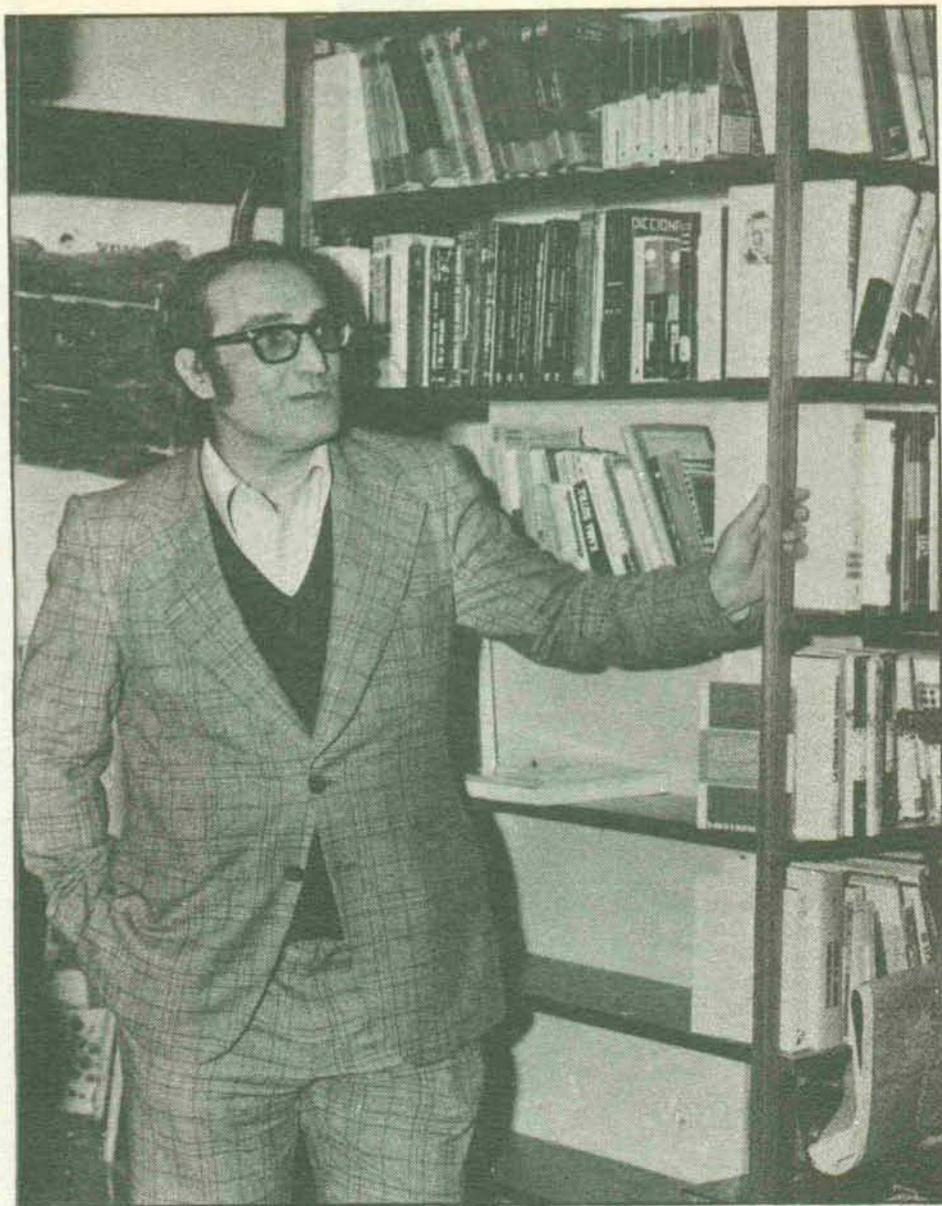
«Si un hecho en la historia moderna ha tenido una profunda repercusión en Vasconia, éste es el Concilio de Trento, cuyos efectos llegaron a conformar de modo permanente casi todos los aspectos de la vida del País. Después de él y en su consecuencia va realizándose la identificación, luego familiar, de lo vasco con

el catolicismo». Esta certera afirmación de Koldo Michelena podría repetirse aplicada a la posguerra con sólo sustituir el Concilio de Trento por el Concilio Vaticano II e invertir el efecto resultante, que en este caso ha sido el distanciamiento entre lo vasco y el catolicismo.

El pueblo vasco fue el más tardíamente cristianizado de la Península (hacia el siglo X), perdurando en su religiosidad profundas huellas paganas hasta muy recientemente. Hasta el siglo XVI su cristianismo se inclinó con frecuencia a la herejía; pero tras los procesos de brujería, la derrota en Navarra de la dinastía protestante y el Concilio de Trento, la intensa pastoral católica entre las masas rurales vascas hizo surgir la ecuación «euskaldun = fededun», que convertía automáticamente a todo mal católico, hereje o ateo en un mal vasco. El carlismo se aprovechó del maridaje entre Fueros y Religión para arrastrar a los campesinos vascos tras su causa y el na-



El hondo catolicismo de los vascos fue la espina que siempre llevó clavada la «Cruzada» de Franco, una «Cruzada» que no dudó en torturar y fusilar a gran número de curas vascos. Quienes bendijeron tan cristiana conducta, el Papa Pío XII y el nuncio Antonutti, gozaron durante la posguerra de caritativa atención entre los católicos vascos: en más de un hogar nacionalista se rezaba para que Dios les condenase al infierno eterno. (En la foto, Pío XII, con el entonces prosecretario de Estado vaticano, monseñor Montini, futuro Pablo VI).



La labor soterrada de seis poetas (Iratzeder, Miranda, Azurmendi, «Otsalar», Mikel Lasa y Gabriel Aresti) culmina en 1964 con la publicación de un libro de este último, «HARRI ETA HERRI», uno de los libros más importantes de toda la literatura vasca: porque consigue ser leído mayoritariamente y supone una renovación tanto temática como formal que conecta con las necesidades del nuevo público lector y demuestra así la viabilidad de una verdadera literatura en euskera. (En la foto, Gabriel Aresti).

cionalismo sabiniano recogió en este aspecto su legado, incorporando al núcleo de su ideología un fuerte clericalismo e incluso teocratismo. El clero vasco jugó un importantísimo papel en el crecimiento del PNV y el problema religioso fue motivo de continuas discordias con los Gobiernos de izquierda de la República a la hora de conseguir un Estatuto de Autonomía. La participación en la guerra civil del lado republicano constituyó el primer germen de evolución del nacionalismo vasco hacia posiciones de iz-

quierda y el primer impulso hacia una evolución de su catolicismo que la Iglesia entera habría de seguir en los años 60. El hondo catolicismo de los vascos fue la espina que siempre llevó clavada la «Cruzada» de Franco, una Cruzada que no dudó en torturar y fusilar a gran número de curas vascos. Quienes bendijeron tan cristiana conducta, el Papa Pío XII y el nuncio Antoniutti, gozaron durante la posguerra de caritativa atención entre los católicos vascos: en más de un hogar nacionalista se rezaba para que Dios

les condenase al Infierno eterno. Idéntico amor merecieron los obispos fascistas con que Franco pastoreó la grey vasca; distinguido entre ellos por su exceso de celo en la represión de los curas preocupados por la lengua y la cultura vascas, monseñor Gúrpile mereció el honor de ser calificado en algunos Noviciados como el Anticristo. Indudablemente hay que «agradecerle» a Franco el haber situado al catolicismo vasco en la senda de la insumisión a la jerarquía y de la búsqueda de sus raíces populares.

El acceso al Papado de Juan XXIII (1958) y su defensa de los derechos de las minorías étnicas en la encíclica «Pacem in Terris» fueron recibidos por la Euskadi piadosa con auténtico alborozo: algo empezaba a cambiar en la Iglesia.

Ciertamente, el clero vasco no esperó al Concilio Vaticano II para empezar a movilizarse contra el franquismo (ya en 1960 y 1961 un nutrido grupo de curas denunció en sendas cartas colectivas la tortura y el genocidio que se ejercía con el pueblo vasco), pero fue la convocatoria de éste en 1963 y el período de búsqueda y relativo desconcierto que siguió al movimiento de «aggiornamento» de la Iglesia el auténtico punto de partida de un proceso religioso de trascendentes consecuencias. El Vaticano II buscaba adaptar la Iglesia a las exigencias del mundo moderno; pero esta adaptación y estas exigencias eran particularmente duras y difíciles en Euskadi: las condiciones sociales en que se desenvolvía la actuación del clero vasco le radicalizaban con rapidez, al tiempo que la reaccionaria jerarquía eclesiástica española apenas conseguía marcar el paso del Concilio. El resultado inevitable era que los curas vascos fueran «más allá» que los pa-

dres conciliares y chocasen en su intento de acercarse al pueblo y atender sus exigencias con la oposición de la jerarquía. La lucha contra ésta ha sido una de las dimensiones del movimiento del clero (lucha que condujo finalmente a la ruptura con la estructura eclesiástica y la promoción como alternativa de las comunidades cristianas de base, retorno al cristianismo primitivo), pero no la más importante: influido en su radicalización tanto por la lucha de ETA como por el despertar del movimiento obrero, los curas vascos se organizaron primero de modo paralelo a ambos («Misión Obrera», «Grupo Gogor», etc.), para acabar poniéndose directamente a su servicio. Las acciones testimoniales y de denuncia dieron paso poco a poco a acciones coordinadas y de apoyo: el movimiento de misas-manifestaciones tras la muerte de Echevarrieta y las detenciones provocadas por la ayuda prestada por varios curas, incluido el vicario episcopal, a un etarra herido para escapar de la Policía, son sólo dos ejemplos de los muchos que cabría traer a colación. El cuantioso número de sacerdotes vascos detenidos, condenados y encarcelados por colaboración y participación en acciones obreras y etarras (incluida la lucha armada, como en el caso del cura Echave) es testimonio suficiente de la importancia del clero vasco en el despertar revolucionario de posguerra.

Sin embargo, no es ése el aspecto más importante de la evolución en estos últimos años de la religión en Euskadi; al fin y al cabo, la participación del clero en el movimiento nacionalista vasco no tiene nada de novedoso, aunque en este caso sea mayor y más radical. Lo original de la nueva situación estriba no en



Desde la frustrada experiencia primigenia de Aránzazu, Oteiza ha dejado sentir su tutelar presencia en todos los hechos más importantes del arte vasco de posguerra. («MATERNIDAD», de Oteiza).

el acercamiento de la religión y el sacerdocio a la lucha política, sino en su abandono y sustitución por ella. El pueblo vasco ha venido dando en los últimos siglos unos elevadísimos porcentajes de vocaciones religiosas y sacerdotales; pues bien, entre 1965 y 1975, precisamente los años de desarrollo de ETA y de auge de la lucha revolucionaria en Euskadi, se registra una crisis de vocaciones y un abandono de Noviciados y Seminarios sin precedentes. Y un elevado porcentaje de novicios, seminaristas y curas prófugos pasan directamente a nutrir las filas de las organizaciones revolucionarias en general y de ETA en particular; lo importante es que el paso se realiza sin transición, sin que exista una fase intermedia, siendo precisamente el compromiso revolucionario lo que impulsa al abandono del camino religioso, o mejor dicho a su «superación», pues la Revolución aparece como la cumplida realización del mensaje cristiano. Quienes se entregaron a Dios para «servir al pueblo» acababan pensando que éste exige que se le sirva con las armas en la mano. Resultaría de sumo interés sociológico estudiar el porcentaje de militantes de ETA y demás organizaciones vascas de izquierda que han pasado por Seminarios y Noviciados, así como las variadas formas de metamorfosis de su ideología religiosa.

En cualquier caso, lo que resulta obvio es que este trasvase de personal va acompañado por y provoca un apreciable descenso de la importancia del catolicismo en la vida vasca. Después de cuatro siglos de asfixiante puritanismo religioso, el País Vasco está dejando de ser católico: las energías que antes canalizaba y sublimaba la Iglesia y la religión, ahora impulsan y

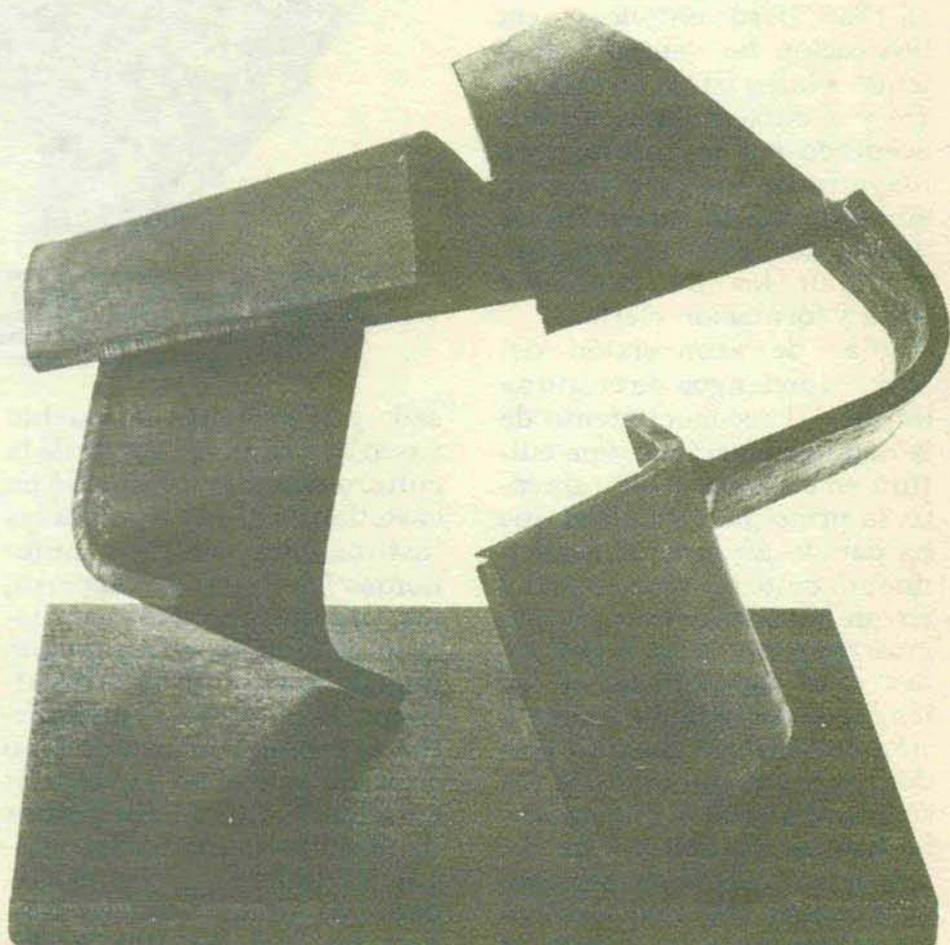
animan a la política y los Partidos.

EUSKERA Y LITERATURA

Esta evolución religiosa, esta pérdida de importancia del catolicismo en Euskadi en beneficio de una fuerte politización, ha tenido trascendentales consecuencias en el terreno de la literatura euskérica, que ha experimentado durante la década de los 60 una auténtica ruptura con su pasado tanto en el aspecto formal como temático, ruptura que ha significado además un auténtico renacimiento.

En este aspecto, lo primero que hay que destacar es la evolución registrada en la situación del euskera: su sañuda persecución por el franquismo, que llegó en un primer momento a la prohibición de su uso hablado y alcanzó du-

rante largos años delirantes y sádicas proporciones en las escuelas y medios de comunicación, unida al crecimiento de la ola de inmigrantes, colocó al euskera en una situación crítica sólo comparable a la padecida durante la romanización. La superación de este auténtico peligro de extinción, la casi milagrosa recuperación experimentada por el euskera en los últimos años es indisociable del potente resurgir del nacionalismo, para el cual la lengua vasca ha representado un importante símbolo de diferenciación e indentificación y un arma política, además de un lógico instrumento cultural. El movimiento de las **ikastolas** (escuelas en las que se aprende no el euskera, sino **en euskera**) que empezaron a extenderse con rapidez durante los años 60, a pesar de inmensas difi-



Su experiencia escultórica se centra en una progresiva desocupación del espacio que le conduce finalmente a un vacío que le deja «sin estatua pero estrenando vida». (Construcción Vacía de Oteiza, 1957).

cultades oficiales, han sido la mayor inversión de futuro en este proceso de recuperación lingüística, además de constituir el privilegiado terreno de enfrentamiento de los planteamientos pedagógicos e ideológicos de la derecha y la izquierda abertzales: los conflictos habidos en su seno son el mejor testimonio de la inevitable politización en Euskadi del problema lingüístico. Pero la supervivencia del euskera en el mundo moderno, su conversión en lengua de cultura, exigía, además, otro requisito: su **unificación**, la superación de su gran diversidad dialectal. Los primeros pasos hacia el **euskera batua** o unificado se dieron en 1964 con la reunión en Bayona de un grupo de escritores jóvenes cuyas propuestas fundamentales fueron aceptadas, con correcciones mínimas, por la Academia de la Lengua Vasca en 1968. Desde entonces, esta institución ha venido trabajando a buen ritmo en esta tarea y el euskera batua ha sido aceptado por la abrumadora mayoría de los escritores en euskera, con la excepción de unos pocos, entre los que predominan los de avanzada edad y formación clerical.

Hablar de «conversión del euskera en lengua de cultura» implica el reconocimiento de la débil existencia de una cultura en euskera. Y ciertamente, la principal dificultad que ha debido afrontar el renacimiento cultural vasco estriba en que hasta hace muy poco la gran mayoría de los euskaldunes eran analfabetos en su lengua autóctona; la transmisión del euskera ha sido predominantemente oral (de ahí su gran dispersión dialectal) y **la lengua de cultura de los vascos ha sido desde siempre el romance** (lo cual debiera hacer pensar a los fanáticos del euskaldunismo exclusivista en la mutilación del pa-



La única incógnita política de la llamada Transición era Euskadi. Y dentro de Euskadi la izquierda Abertzale, el ámbito de influencia de ETA, pues las pequeñas sorpresas que el PNV pudiera deparar dependían estrechamente de su temor a perder clientela en favor de aquélla, de su respectivo poder e influjo. (En la fotografía, a la izquierda, José Antonio de Aguirre y Lecube; a la derecha, Carlos Garaicoechea).

sado y el presente del pueblo vasco que supone excluir de la cultura vasca la producida en castellano); ni tan siquiera las instituciones políticas autónomas (el Reino de Navarra, los organismos Forales) tenían el euskera como lengua oficial, llegándose en estos últimos al extremo «españolista» de prohibir la presencia en ellos de quien no supiera el castellano. Los «Caballeritos de Azcoitia», ilustrados vascos iniciadores de las Sociedades de Amigos del País, fundadores del Seminario de Vergara y adalides de la cultura, no se distinguieron preci-

samente por su amor al euskera. Cuando Unamuno lanzó en los Juegos Florales de Bilbao el escandaloso exabrupto de que el euskera se moría sin remedio y había que ayudarle a morir para que el pueblo vasco se culturizase en castellano no hacía sino extremar con su habitual radicalismo la postura que durante siglos habían tomado frente al euskera casi todos los vascos cultos. Con una significativa excepción: el clero.

Este hecho y esta excepción han pesado fuertemente sobre la historia de la literatura vasca, compuesta casi exclu-



sivamente hasta el siglo XX de libros devotos de literatura religiosa práctica.

Un solo poema, «Bereterretxen khantoria», se ha conservado de la poesía épica, oral, de la Edad Media vasca. Símbolo del combativo futuro que le esperaba a la literatura vasca, Bernard Dechepare, el «Arcipreste de Hita» vasco, primer escritor en euskera, escribe sus poemas para demostrar que también en esta lengua es posible la expresión literaria. Pero su demostración no encontró excesivos seguidores y la «literatura» que en el siglo XVI comienza con

Leizarraga se caracteriza, en opinión de Ibon Sarasola, a quien seguimos en este análisis, por el casi **exclusivo uso del euskera para la instrucción religiosa** y por una completa **marginación**, tanto de la vida y problemas del pueblo vasco como de la literatura europea. El 90 por 100 de los escritores en euskera anteriores al siglo XIX son clérigos: este amor de la Iglesia al euskera obedece a un motivo exclusivamente pastoral y está al servicio de sus propósitos de adoctrinamiento religioso. Cuando en el siglo XIX la intelectualidad liberal ataque al

clero, éste erigirá el **euskera en muralla contra las nuevas ideas**, en vacuna lingüística contra el ateísmo y la herejía. Esta **instrumentalización religiosa** del euskera se completará con su **instrumentalización política** tras la entrada en escena del fuerismo eúskaro primero y del nacionalismo sabiniano después; aunque el PNV hizo mucho por su lengua y la cultura vasca, topó en su intento de normalizar ambas con los límites de su concepción folklórica que vea en ellas la expresión de una «esencia» vasca eterna. El **purismo lingüístico** aranista sacrificó la evolución natural del euskera a su obsesión separatista y diferenciadora de «lo español», entregándose a la imposible tarea de expurgar de la lengua todo influjo latino; el sometimiento de la literatura a una tesis previa exaltadora de las esencias vascas encarnadas en el **base-ritarra euskeldún** y **fededún** excluía a priori de su campo de visión el «otro Euskadi» urbano, obrero industrial, impío y ateo. La literatura seguía divorciada de la vida y de la cultura contemporánea.

Sin embargo, aquello pudo haber sido un comienzo. Pero la guerra civil y la represión franquista se encargaron de cercenar sus posibles frutos, sumiendo en la posguerra a la literatura vasca en el período más negro de toda su historia. Durante las primeras décadas la preocupación prioritaria de los escritores supervivientes fue restablecer la continuidad. Bajo el patronazgo de Orixe y el fuerte influjo de Lizardi, la literatura vasca permanece presa de los imperativos de preguerra. Hay que esperar a los años 60 para que el surgimiento de un nuevo público lector en euskera que vive en un medio urbano y posee un alto nivel de estudios y formación cultural, haga sen-

tir su peso y acabe encontrando un nuevo tipo de escritor surgido de las nuevas generaciones, laico, más culto, abierto a la problemática actual y a las tendencias literarias e ideológicas contemporáneas. La labor soterrada de seis poetas (Iratxeder, Miranda, Azurmendi, «Otsalar», Mikel Lasas y Gabriel Aresti) culmina en 1864 con la publicación de un libro de este último, «**Harri eta Herri**», uno de los libros más importantes de toda la literatura vasca, porque consigue ser leído mayoritariamente y supone una renovación tanto temática como formal que conecta con las necesidades del nuevo pú-

blico lector y demuestra así la viabilidad de una verdadera literatura en euskera. Una poesía «social» y laica que incorpora la literatura vasca a las corrientes contemporáneas, alcanza así expresión en euskera, abriendo nuevas vías a los jóvenes poetas vascos: en una primera época, X. Lete seguirá por esa línea popular; más tarde, la crisis de la poesía social despertará en los escritores más recientes un mayor interés por los aspectos formales y la ampliación de la temática poética.

En el terreno de la narrativa juega un papel renovador similar «Txillardegí», cuyas dos primeras novelas se desen-

vuelven en un clima existencialista y amoral que escandaliza a los guardianes de la ortodoxa euskérica. La obra de R. Saizarbitoria, «Egunero hasten delako», y más recientemente «Sekulorun sekulotan», de Patri Urkizu, escrita en la línea de novela textual de Ph. Sollers, suponen ya la incorporación de la literatura vasca a las corrientes de vanguardia. También el teatro se incorpora a esta corriente de modernización a partir de «Historia triste bat» de S. Garmendia.

En general, puede decirse que la década de los 60 supone el comienzo de una literatura vasca contemporánea de su época, tanto en el plano temático como formal, lo cual equivale a decir una literatura que merezca el nombre de tal y no derive su prestigio del mero y exclusivo hecho de estar escrita en una lengua marginada y oprimida. Esta normalización literaria es indisoluble de la unificación del euskera y de su autonomización como lenguaje de los imperativos religiosos y políticos que han venido pesando sobre él. Lo cual no quiere decir que la política no pese sobre el futuro de la lengua y la literatura vasca; es más, este futuro depende directamente de algo tan estrechamente ligado a la política como un **programa educativo**. Programa que se enfrenta a un problema ya difícil de por sí —el bilingüismo, la existencia de una cultura vasca en castellano— y agravado, además, por los fanatismos y ceguerras de uno y otro signo que oscilan entre el deseo de desarraigar el euskera y el de imponerlo a la fuerza.

OTEIZA Y LAS ARTES PLÁSTICAS

Al hablar de cultura vasca resulta inevitable hablar de



Si el problema vasco es un laberinto, su expresión electoral no lo es menos, por lo que no es raro que haya dado origen a las más antagónicas interpretaciones.

Oteiza. Ciertamente, su figura no aparece aislada en el panorama del arte vasco de posguerra, sino inserta en el grupo Gaur y más ampliamente en una impresionante floración de pintores y escultores. Pero su especial significación deriva de su teorización estética de la propia experiencia escultórica y de la edificación sobre esa base de toda una metafísica del alma vasca; el influjo de sus teorías ha sido y es fuerte no sólo entre artistas y críticos de arte vasco, sino también entre poetas, músicos e incluso políticos: en algunos sectores de ETA no se desestimaban en absoluto las especulaciones oteicianas.

Su obra teórica crucial, «Quousque tandem...! Ensayo de interpretación estética del alma vasca» quiere ser la respuesta definitiva a la búsqueda de la propia identidad que el arte vasco había emprendido desde el siglo-XIX: partiendo del costumbrismo folklórico de Antonio María de Lecuona, son varias las vías intentadas hasta que el París finisecular se puebla de pintores vascos (Zuloaga, Uranga, Losada, Durrío, Iturrino) que conectan y asimilan la experiencia vanguardista europea. El fruto de estos contactos será el arte vasco de los años veinte y treinta, síntesis de gran fuerza expresiva entre un realismo regionalista profundizado y una apertura formal al experimentalismo vanguardista. Pero una vez más, la guerra primero y la represión después, con la extrema suspicacia franquista frente a la más mínima sospecha de nacionalismo, rompen y frustran tan prometedor comienzo. Hay que empezar de nuevo.

Desde la frustrada experiencia *primigenia de Aránzazu*, Oteiza ha dejado sentir su tutelar presencia en todos los



La razón del apoyo popular a la lucha armada de ETA no ha sido nunca una aprobación de su estrategia, una solidaridad con su política, un apoyo claro y directo a sus acciones, sino la comunidad de odio a lo que ha atacado y ataca.

hechos más importantes del arte vasco de posguerra, un arte que cuenta con figuras tan importantes como Agustín Ibarrola, Dionisio Blanco, Carlos Sanz, Ruiz Balerdi, Zumeta, Mendiburu y Basterrechea. Pero ninguno de ellos, ni tan siquiera Eduardo Chillida, universalmente reconocido como uno de los más destacados escultores del arte contemporáneo, ha alcanzado la importancia civil y extra-artística de Oteiza, su influjo en los más diversos aspectos de la vida vasca. Y es que la experiencia y la teoría de Oteiza empieza en la escultura, pero desemboca en la política y la vida, pasando por la estética y la religión.

Su experiencia escultórica se centra en una progresiva desocupación del espacio que le conduce finalmente a un vacío que le deja «sin estatua, pero estrenando vida». Este vacío final, desembocadura de un proceso de apagamiento de la expresión, constituye, en su opinión, la consumación del arte contemporáneo confusamente intuida por Kandinsky y Malevitch. De ahí se alza Oteiza a una teoría estética general que él llama Ley de los Cambios de la expresión

artística y que le permite acceder a su descubrimiento fundamental: el **cromlech neolítico vasco** como punto final y consumación del arte prehistórico, análogo a su propia estatua-cromlech. Pero esta conquista estética es también una conquista metafísica y religiosa, una elevación a la Nada mística que cura la angustia existencial, un acceso a la representación abstracta de Dios. Tan temprana conquista de los vascos dejó en ellos su impronta como estilo vital fluido, libre, confiado: la esencia del alma vasca es ese vacío-cromlech que el arte contemporáneo ha vuelto a conquistar. Llegados a él, el arte sobra y se realiza como vida, la sensibilidad estética deviene sensibilidad religiosa y se difunde en el cuerpo social. Es esa esencia-cromlech, esa vida libre de angustia metafísica, la que los vascos perdieron y olvidaron, superponiendo sobre ella un alma latina, y la que se trata ahora de recuperar, proyectando sobre la sociedad vasca la sensibilidad estética alcanzada por el arte contemporáneo.

Consecuente, Oteiza abandonó la escultura y se entregó

con énfasis a una tarea de educación artística, religiosa y política, para la integración del hombre, por el arte, en la ciudad; una y otra vez se esforzó por organizar y poner en marcha un Instituto Internacional de Investigaciones Estéticas que tendría por fin una integración de las diferentes artes y la cultura en general al servicio de la restauración del alma vasca y la curación metafísica del hombre.

Dotado de una imaginación portentosa, una curiosidad inagotable, una incontenible propensión metafísica y especulativa y una perseverancia rayana en la terquedad, la obra teórica y pedagógica de Oteiza (el valor de su obra escultórica está fuera de toda discusión) en una compleja amalgama de ingeniosos desvaríos y ricas sugerencias no sólo artísticas, sino también metafísicas, antropológicas, sociológicas y políticas. En su prólogo a «Hernani I», libro de Tomás Goicoetxea, que ejemplifica bastante bien el «putpurri» político-cultural de la izquierda abertzale (mezcla de vanguardismo literario y científico sociopolítico sobre un fondo de caos mental), Oteiza se nos muestra cambiando impresiones con Pertur (el dirigente de ETA que se convirtió en adalid de su transformación en partido político y desapareció en misteriosas circunstancias) en torno al futuro de Euskadi y la izquierda abertzale **bajo** la democracia. Esta conversación entre el escultor metido a profeta y el etarra inspirador de la reciente evolución de ETA, suministra una buena imagen del laberinto vasco a la hora de enfrentarse a la Reforma y la Democracia.

REFORMA, DEMOCRACIA, ESTATUTO

Desde la legalización del PCE y el plegamiento de la oposi-

ción política y sindical a la Reforma Democrática de Suárez, y tras comprobarse que los temores o esperanzas de que el «proletariado» no se plegase al pactismo patrocinado por sus burocráticas direcciones no eran sino ingenuas ilusiones o fantasmales paranoias la única incógnita política de la llamada Transición era Euskadi. Y dentro de Euskadi la izquierda abertzale, el ámbito de influencia de ETA, pues las pequeñas sorpresas que el PNV pudiera deparar dependían estrechamente de su temor a perder clientela en favor de aquélla, de su respectivo poder e influjo. Durante estos tres años, la actuación de todos los partidos políticos vascos ha debido ir adaptándose mal que bien a una variable que no controlaban y se les iba continuamente de las manos: las acciones de ETA y la desproporcionada, indiscriminada y brutal reacción de las FOP. ETA y la policía han sido los verdaderos protagonistas de la vida política vasca: el Gobierno y los partidos se han limitado a dejarse enredar por un conflicto ante el que sólo han tomado posturas unilaterales y retóricas que han contribuido a perpetuarlo. En mi opinión, hay una **clave escondida** de la política vasca reciente, una clave absolutamente **forcluida** por los políticos y que les hace aparecer a pesar suyo como marionetas de un juego cuyos hilos se les escapan: esa clave es el **chantaje militar en la doble forma de acciones terroristas y de amenaza de golpe**; Suárez y Garacoitxea negociaron el Estatuto con las metralletas y los tanques a la espalda y a nadie se le debe escapar que para una buena cantidad de vascos la condena de ETA es **sólo** el otro nombre del temor al golpe militar. ¿En dónde se decide, por una y otra parte, lo que en el caso

vasco se presenta como innegociable? Hay un indicio claro: el **lenguaje de lo innegociable** es la violencia, las armas.

Este hecho tiene trascendentes consecuencias sobre el comportamiento ciudadano, pues crea una inmensa distancia, una brutal ruptura, una auténtica esquizofrenia, entre los deseos y convicciones íntimos y su manifestación en un ámbito político y electoral que excluye la expresión de aquéllos. Me atrevería a decir que en ninguna de las consultas electorales habidas hasta ahora los vascos han votado **intencionalmente** lo que expresamente han votado, sino que se han visto obligados a un ejercicio de **traducción** un tanto excesivo que hace enormemente difícil calibrar la significación del voto. Gran parte de la minoría que votó SI a la Constitución lo que votó es NO al golpe militar, votó por miedo, mientras que quienes se abstuvieron votaron SI al PNV en otra imaginaria consulta que poco tenía que ver con la Constitución; quizá sólo los NO eran lo que parecían. Pero hete aquí que va a ser a estos últimos, Herri Batasuna, a quienes van a votar en las legislativas y municipales de este año muchos que votaron SI o se abstuvieron en el referéndum constitucional; más se engañaría quien pensara que lo hicieron para sentirse por ellos representados, pues ya sabían que sus representantes no iban a ejercer: al parecer, se trataba de decir a quienes sí ejercían y ejercen que ellos **tampoco** les representaban; paradójicas elecciones convertidas en plebiscito contra las elecciones en el que para muchos lo que se votó era la amplitud del apoyo a ETA. Y para acabar de complicar las cosas llegamos al referéndum sobre el Estatuto en el que ca-

bén todas las cábalas sobre la cuantía de la abstención activa y su significación al tiempo que nadie sabrá nunca cuántos volvieron a votar NO al golpe militar en esta nueva modalidad de SI al Estatuto (y a lo que les echen: el Partido del Miedo a Franco es, sin duda, el mayoritario entre los demócratas), cuántos significaban una adhesión positiva y cuántos una resignada claudicación ante un mal menor; diferencias estas últimas muy importantes de cara a la reacción posterior frente al Estatuto en marcha y la actuación de ETA.

Si el problema vasco es un laberinto, su expresión electoral no lo es menos, por lo que no es raro que haya dado origen a las más antagónicas interpretaciones; todas ellas igualmente fundadas e igualmente

infundadas, pues, en mi opinión, la característica más importante del voto (o la abstención) en Euskadi y la razón de sus sorprendentes oscilaciones en el corto plazo de dos años no sólo la abundancia del **voto dudoso** (dudoso de a quién votar y de qué es «en el fondo» lo que se vota), sino sobre todo la **escasa identificación íntima con lo votado**, cuya conexión con los problemas reales y fundamentales de Euskadi aparece tan complejamente mediada que se diluye. En última instancia, lo que la mayoría de los vasquitos y neskitas quieren solucionar con su voto es el **problema de la violencia**; lo que ya no resulta tan claro es qué postura frente a este problema se deduce del comportamiento electoral, pues éste **simplifica** y esquematiza en

exceso una situación que en la realidad está cargada de ambigüedad. De ahí las sorpresas de cuantos se apresuran a entonar el réquiem por ETA tras el resultado de elecciones que **parecen** permitir la predicción de su debacle. La raíz de esos errores y distorsiones radica en el «olvido» de que una amplia mayoría del pueblo vasco que rechaza política y éticamente las acciones de ETA no está dispuesta a manifestar pública y decididamente su rechazo mientras éste signifique o pueda interpretarse como apoyo y solidaridad con unas FOP cuyas más recientes actuaciones no contribuyen precisamente a hacer olvidar su comportamiento durante el franquismo. Sin duda alguna, ésta es la clave principal del laberinto vasco. ■ J. A.



Y para acabar de complicar las cosas llegamos al referéndum sobre el Estatuto en el que caben todas las cábalas sobre la cuantía de la abstención activa y su significación, al tiempo que nadie sabrá nunca cuántos volvieron a votar NO al golpe militar en esta nueva modalidad de SI al Estatuto (y a lo que les echen: el Partido del Miedo a Franco es sin duda el mayoritario entre los demócratas), cuántos significaban una adhesión positiva y cuántos una resignada claudicación ante un mal menor; diferencias estas últimas muy importantes de cara a la reacción posterior frente al Estatuto en marcha y la actuación de ETA. (En la fotografía, momento de la jura del nuevo Presidente del C.G.V. Carlos Garaicoechea, ante el árbol de Guernica).